

## MINAS DE CARBÓN

*Estas son las mudas colonias de la noche, las que aumentan tatuando a la sombra contra el monte, que al fondo —verde heraldo de la cordillera— divide el valle y decide desde su altura la orilla definitiva de tanta cebada. Insisten sus relámpagos sencillos en la mirada, mientras la noche sigue desovando bajo un montón de ceniza sola este horóscopo de llama libre, fuego afuera de toda oscuridad.*

## TESTIMONIO DE SOLEDAD

*Tu silencio alarga la mano como el cuenco de esta luna mendiga. Tu callada evidencia vadea a toda hora la lluvia por la que paso, tu vocación de azar. Tus ojos aún sin color para mis ojos. Tu voz es el espejismo de todos los pájaros.*

DARÍO JARAMILLO A.



## Aurora pagana llena de sorpresas

### Este lugar de la noche

José Manuel Arango  
Colcultura. Bogotá, 1984, 142 páginas

Uno de los pocos axiomas que la poesía tolera, a pesar de las escuelas y de los dogmáticos movimientos literarios, es la certeza de que las estéticas pueden ser tantas como poetas hay y de que es imposible —y también ilícito— imponerle a un poeta los criterios que deben orientar la construcción de sus ásperos o melódicos períodos de palabras. Cada poeta verdadero, cada nueva voz, comienza algo y nos revela un costado

de la realidad que sin él habría permanecido secreto. Esta labor del poeta como revelador de cosas que son ciertas y son de todos pero que permanecían en el oscuro limbo de las sensaciones y de los hechos, sin emerger a la conciencia, es admirablemente cumplida por José Manuel Arango, cuya voz es una de las más nítidas y singulares que hayan aparecido entre nosotros en los últimos tiempos.

Poesía que discurre en un ámbito voluntariamente limitado, poesía situada en una región, en unos hábitos, en unas frecuencias de la naturaleza, pronto olvidamos sin embargo su carácter local, porque el poeta consigue, con la severa magia de su lenguaje, revelarnos lo que de verdadero y necesario para todos los hombres hay en esos llanos, montes y calles por donde discurre pensativo y siempre vigilante. José Manuel Arango es un poeta que no dice todo. La atmósfera total de sus poemas está apenas sugerida por unos cuantos elementos, pero su nitidez y su vigor no dejan lugar a vaguedad alguna. Como en la poesía oriental, de la que también, sin duda, procede, aquí la sombra maciza de un árbol sobre un muro blanco basta para darnos la densa y agobiante quietud del verano, y el paso solitario por calles que tienen nombre de batallas nos hace sentir la extensión de la ciudad nocturna tras cuyas puertas cerradas los hombres han descendido a un mundo prehistórico.

Esta poesía nos deja la constante sensación de un espíritu alerta a las menudas transfiguraciones que son el espacio y el tiempo, un espectador conmovido de las metamorfosis del mundo. José Manuel Arango sabe que mirar es también un movimiento del espíritu, y en su poema *Ciudad* nos hace comprender que ir por esas calles habituales es al mismo tiempo recorrer los planos sombríos del alma. Poesía para desdibujar un poco ese vano abismo que imaginamos entre nuestras almas y el supuesto mundo exterior, entre la ajena realidad y nuestras fantasías interiores. Estos poemas no se mueven en el límite entre la realidad y

la mente, viven de la fusión entre esas dos regiones y de allí, con frecuencia, la intensidad onírica, es decir real e inmediata, de sus imágenes, de sus hechos.

Lo primero que nos impresiona en estos poemas es la voluntaria y exquisita parquedad del lenguaje. Más sorprendente es, sin embargo, que mediante esa suerte de ascetismo el poeta logre darnos tanta diversidad de temas y una tal plenitud de sensaciones. Su tono no es nunca clamoroso, y lo cierto es que el poeta tampoco canta, en el sentido ondulatorio de la palabra. Son poemas hablados, casi siempre serenos, aunque no renuncian a la posibilidad de exaltarse, como lo prueba ya el que abre el libro *Este lugar de la noche*, donde (en una Antioquia que bien podría ser Grecia o el perdido Imperio Chino, porque lo importante es la respuesta de las criaturas ante los fenómenos) se nos hace sentir el regocijo pagano de los hombres ante la noche que llega, ante el retorno de sus antiguos y siempre nuevos misterios. A José Manuel Arango lo sobrecoge esa impresión de vida que producen los movimientos físicos, el viento, el temblor del agua, el paso de las nubes y el girar de las sombras bajo el sol que alabea en el cielo. Siente en los fenómenos algo como la huella de antiguas catástrofes y en los hábitos de los hombres de hoy la persistencia de los dramas eternos:

*repetido naufragio de los parques  
en el anochecer  
la hora en que cerrado  
por el roce de un ala  
sombria  
el corazón desciende a frías moradas*

Así, en aquel poema que comienza diciendo "la casa que reduce la noche a límites", sentimos en la soledad de la noche el emerger de pensamientos y de símbolos, como trozos que flotarían de un hundimiento antiquísimo, como si el pasado de todos regresara a la vigilia de cada uno. Hay en esos versos una raíz mítica, una capacidad sagrada para percibir bajo la aparente trivialidad de los hechos ese sedimento de eternidad que todo

lo sustantiva y lo ennoblece. Que lo arrebatada todo, también, al infierno de lo anodino, para darle su trágico resplandor de cosa única y por ello preciosa.

Hablando de una mujer que avanza por un claustro, después de mencionar con preciso arte pictórico:

*la llama que una mano translúcida  
defiende del viento,*

va describiendo aquella mujer arrebatada al mundo. De repente llega a estos dos versos:

*...un cuerpo intocado  
prometido a la tierra*

y sentimos de golpe la carga patética del destino de esa doncella que no se entregó al amor pero que no será respetada por la muerte.



El poema *Armonía* sugiere que la música se parece a la muerte porque nos abstrae de nosotros mismos. *Visita*, da forma a la sensación de que la madurez de los frutos del verano es una de las metamorfosis del fuego. En otro poema, la imagen y la voz de un vendedor de pájaros en el mercado llevan al poeta a vislumbrar una suerte de lengua original y universal que subyace bajo las voces de todas las criaturas, ese rumor platónico que debió de ser el idioma del Paraíso.

Contra los hábitos de hoy, cada uno de estos poemas tiene un tema preciso, aunque no siempre evidente. *Ascensión a las montañas*, con unos pocos trazos, nos da la antigua certidumbre de que remontar las montañas es aproximarnos a lo sa-

grado que arde en nosotros. Otro poema nos presenta cosas que ocurren lejos de la presencia del hombre, cosas que sólo podemos imaginar y que a pesar de su apariencia de hechos percibidos sólo son procesos mentales:

*la semilla no oída  
que estalla silenciosamente  
junto al pozo seco  
el mudo grito del cóndor en las  
soledades  
la estrella  
que mientras duermen hombres y  
bestias  
arde en el cielo ciego.*

En otra parte, el poeta asimila las frecuencias de la naturaleza a los mecanismos de la memoria y, como Hölderlin, las formas del mundo a letras de un lenguaje eterno:

*los sueños del musgo en las rocas  
amarillas: recuerdos  
del polvo que repite  
antiguas formas  
y por la playa difícil  
el cangrejo, como un oscuro signo  
del mar.*

El segundo libro, *Signos*, está compuesto en gran parte por singulares y hermosos poemas de amor. Uno de ellos reúne fragmentarios ecos del mundo que entran en el juego ritual de los amantes. Otro, las inadvertidas circunstancias exteriores (el estruendo que cede al anochecer, las parejas que se acarician junto a los bosques, los ojos de un venado, la voz de la tierra) que urgen y unen a los que se aman. Otro medita sobre la parte de sí que los amantes entregan al futuro al procrear, y ese descenso fugaz a un alba inicial donde son, más que ellos mismos, la prefiguración de los que vendrán.

Algo de aurora pagana llena de promesas tiene este libro que no transige con nuestras más aciagas tradiciones literarias. Su tono personal, que necesariamente ha de provenir de un largo contacto con las literaturas y que ciertamente delata a un lógico que usa la lógica para percibir mejor, para imaginar mejor,

ese tono personal, digo, es casi insolente por su novedad entre nosotros. Los lectores de poesía sentirán la distancia insalvable que existe entre estos íntimos y precisos deslumbramientos y la seca prosa entrecortada que ahora se acostumbra llamar poesía.

Como revelación de algo distinto en nuestro modo de percibir la realidad, como testimonio perdurable de la identidad que existe entre nuestro sentir y el de tantos hombres en edades y sitios distantes, como anuncio de algo más intenso y más poderoso en nuestro destino colectivo, la obra de José Manuel Arango, que aún puede depararnos tantas cosas, constituye, como la de Aurelio Arturo, un estremecimiento nuevo en el discursar de nuestra lengua. Justifica no sólo el entusiasmo con que tantos amantes de la poesía la reciben ahora, sino la íntima satisfacción de quienes confían en la dignidad de nuestras letras. Es una poesía que nos revela de pronto más apasionados y más lúcidos, y conviene saludarla con gratitud y con alegría.

WILLIAM OSPINA



## Alejándose del verso... y de la vida

**Este lugar de la noche**  
*José Manuel Arango*  
Colcultura. Bogotá, 1984. 142 páginas

José Manuel Arango era para mí, hasta la lectura de este libro, un poeta mal conocido. Esta edición de su obra completa incluye *Signos*, el único libro que ha publicado el poeta